

Fernando Chueca Goitia

## **Integración y desintegración en el ambiente urbano**

Hoy este tema preocupa profundamente a todos los urbanistas y arquitectos y en una forma menos concreta y técnica, pero acaso más aguda, al hombre de sensibilidad, no obstante su clase social o su grado de ilustración. No es que la sensibilidad estética de los españoles haya sido muy educada, pero de vez en cuando se encuentra uno personas que, inesperadamente, denuncian hechos de agresión urbana con verdadera indignación tratándose de su ciudad, su pueblo o su barrio. Comprenden que la especulación o la estulticia —muchas veces esta última es más peligrosa que la primera— han destrozado ambientes gratos y familiares que formaban parte entrañable del escenario de su vida diaria.

Después de una época de indiferencia y, lo que es más grave, de desprecio por estos temas, ahora existe una creciente inquietud por todo aquello que se refiere al ambiente urbano, desde el más encopetado de la ciudad o del recinto calificado como histórico-artístico hasta el más humilde barrio, villorrio o aldea. Ahora, personas, grupos, colectividades, asociaciones, colegios profesionales, instituciones diversas, se manifiestan agudamente sensibilizados para todo aquello que se refiere al proceso urbanístico en sus múltiples facetas. Se

habla constantemente de sistemas ecológicos, de remodelaciones urbanas, de tejido y entramado de la ciudad, de integración, de ruptura, de ambientación orgánica o de fachadismo mimetizante, de persistencia de usos, de localización de comunidades, de mutaciones sociológicas y de mil temas concomitantes.

A la pasiva indiferencia de otrora ha sustituido una febril agitación que, acaso en demasía, lleva a todos a pontificar y dogmatizar. Todos parecen tener el secreto de las fórmulas salvadoras milagrosas, que para unos reside en una congelación de las estructuras arquitectónicas y sociológicas, para otros en procesos dinámicos de transmutación inevitable; para unos en el valor de ciertos fundamentos estéticos, que otros sustituyen por la primacía de los económicos, sociales o políticos.

El hecho es que estamos dando vueltas a una serie de cuestiones sin aclararnos del todo, ni menos partir de un entramado de conceptos básicos y a ser posible sencillos. Antes, por el contrario, la mentalidad de hoy nos lleva a complicar todo lo posible las cosas. Si se trata de salvar ambientes urbanos, de protegerlos mediante una política de remodelación juiciosa, en seguida surgirán una serie de personas o personalidades, llenas de pedantería y suficiencia,

que pondrán todo programa de actuación en cuarentena en virtud de muy sofisticadas teorías que ni ellos mismos entienden, moviéndose entre procesos tipológicos, estructuralismo y semiótica, macroeconomía, sociometría, cibernética o lo que cada cual quiera esgrimir para demostrarnos su insondable saber.

Lo que sucede es que con estos despropósitos generalmente no se hace nada y las ciudades se van degradando cada vez más en espera de encontrar soluciones que no llegan o que, nacidas de la utopía, no tienen viabilidad. Por eso, a nuestro entender, se debe acudir a criterios simples capaces de adaptarse a la realidad sin destruirla por un incesante experimentalismo.

Los núcleos urbanos consolidados poseen una estructura física determinada que se debe conocer, interpretar y respetar con un sentido flexible y no maximalista. Esta estructura es consecuencia, evidentemente, de un contenido socioeconómico e histórico, y transformado ese contenido parece que la forma resultante carece de sentido. Esto es lo que piensan muchos ideólogos del reformismo urbano. Los llamaríamos los «contentutistas» frente a los formalistas. Los primeros parecen sentirse seguros de sus afirmaciones y en posesión de la verdad, mientras que a los segundos los llaman en caricatura fa-chadistas. Pero, entre «contentutistas» y formalistas, nosotros nos declaramos neutrales o, si ustedes quieren, eclécticos. Ambas posturas tiene su parte de razón, y lo que es necesario es buscar la conciliación, el «in medio stat virtus». Ahora que tanto hemos manejado este término, diremos que debemos buscar el consenso.

El consenso no quiere decir que en cada caso la postura «contentutista» y la formalista hayan de participar a partes iguales. Esto sería una ingenuidad. En algunos casos pueden o deben vencer los «contentutistas» y en otros,

de la misma manera, los formalistas. Es un problema de buen juicio y de ponderación responsable.

Vengamos a un ejemplo: En Madrid existe un barrio, el llamado de los Jerónimos, que es un trozo de ciudad consolidada de primer orden. Este barrio, constituido a fines del siglo xix y primeros años del xx, representaba a una sociedad burguesa acomodada que, en un escalón inferior a la aristocracia —que entonces todavía vivía en palacios y casonas propias—, adoptó como forma de residencia la llamada casa de alquiler o de renta dividida por pisos. Dada la alta calidad de estas viviendas de renta, el barrio adquirió un tono elevado, homogéneo y estéticamente muy apreciable.

Debido a la movilidad social, este barrio se ha vaciado recientemente de su antiguo contenido y se ha convertido mayoritariamente en un barrio de oficinas. Entre el contenido y la forma se ha producido un radical divorcio que, en la lógica de los «contentutistas», hubiera debido conducir a la desaparición de la antigua tipología (casa de renta burguesa) y a su sustitución por otra nueva (modernos edificios de oficinas). Sin embargo, no ha parecido conveniente que esto sucediera, y en los pisos donde antes vivían familias ahora se alojan oficinas de sociedades. El barrio ha cambiado de signo interno, aunque los signos externos persisten. No hay, por tanto, por qué escandalizarse, ya que la adaptabilidad es posible y se mantiene intacto un bien cultural muy valioso. Además, no sabemos si en la dinámica social puede el día de mañana producirse un movimiento regresivo por el que vuelvan a estos barrios céntricos las clases sociales que antes los habitaron.

En cualquier caso, ahora los «contentutistas» fomentan la política de imponer el mantenimiento de los usos y de la estructura social en aquellos ba-

rrios o sectores sometidos a una determinada protección para que no se produzcan casos de fachadismo simulador. En principio es una política adecuada si la realidad la demuestra viable, pero tampoco se debe forzar cuando la dinámica social es refractaria, y la imposición puede conducir al deterioro de las estructuras físicas si se impide su adaptabilidad a otros usos. Dentro de disposiciones de carácter general pueden intervenir factores correctores.

El criterio conservador en cuanto se refiere a los centros históricos o, diría yo más ampliamente, a los modelos consolidados de ciudad, no es sólo una necesidad testimonial; es una necesidad orgánica inexcusable para el buen funcionamiento de la ciudad. Yo les decía hace poco a los empresarios toledanos, gentes ansiosas de novedad y de reforma, que aunque tuvieran todas las facultades para poder levantar un Toledo nuevo, el que ahora se hiciera sería peor que el existente, y no por razones artísticas, sino puramente funcionales y orgánicas. Dada la topografía, las características climáticas, la organización ecológica de la vida que se puede desarrollar en la abrupta peña toledana, el mejor modelo de ciudad es el que existe y que no tenemos derecho a adulterar. Entre las dos teorías del crecimiento y reforma de la ciudad, la teoría del palimpsesto y la del paralaje, preferimos siempre la segunda.

Utilizamos esta terminología porque la consideramos bastante expresiva. Cuando se escribe encima de una escritura previa borrándola o desfigurándola íntegramente, el documento que resulta se llama palimpsesto. Esto es lo que desgraciadamente hemos hecho con nuestras ciudades históricas.

Cuando hablamos de paralaje tomamos, acaso con excesiva libertad, un término de astronomía. El paralaje es la diferente situación de un mismo astro según el punto de vista. Aquí enten-

demos que una ciudad crece por paralaje cuando, conservando la imagen primera, se traslada la nueva a otro sitio. Caso extremo de paralaje el del Marruecos francés. La solución impuesta por Lyautey, conservando las Medinas (primera imagen) y desarrollando los barrios modernos franceses en otro lugar contiguo (imagen moderna).

Talavera de la Reina ha crecido, por ejemplo, por la ley del palimpsesto y del paralaje a la vez. Se ha extendido en diversas áreas una ciudad moderna y a la vez se ha reformado el interior, escribiendo de nuevo sobre la ciudad antigua. Pero, a la vez, los modelos de ciudad que se iban planteando no se les dejaba consolidar y en un constante tejer y destejer se iba reformando la reforma. Hoy han llegado a un puzle intolerable que ningún talaverano puede soportar, y lo que ha pasado en Talavera, en un grado desgraciadamente bien expresivo, ha pasado en casi todas nuestras ciudades en estos últimos quince años.

Otro caso de crecimiento por palimpsesto es el del Puerto de la Cruz (Tenerife). Sólo se salva porque la nueva escritura ha borrado la antigua formándose una agrupación violentamente pintoresca, una especie de me-dievalismo del hormigón armado que se conjuga con las bellezas naturales del sitio y su radiante vegetación, a impulsos de una sociedad que administra masivamente el ocio.

Los centros históricos o, mejor dicho, los modelos de ciudad consolidada (día llegará en que urbanizaciones de hoy, consolidadas, sean igualmente respetables) deben ser los más íntegramente respetados.

Queda planteado el problema delicadísimo de la integración y desintegración del ambiente urbano bajo las líneas maestras de las teorías «contentutistas» y formalistas y bajo los tipos de crecimiento por palimpsesto y por paralaje.

Para empezar, queremos decir que nada nos asusta más en esta materia que el dogmatismo y que nada es más grave que el utilizar exorcismos y anatemas, como los de fachadismo y pastichismo, como si se tratara de un «vade retro», Ni tampoco la intocabilidad de los que parecen decir antes la muerte que la

mínima concesión. Esta mentalidad de inquisidor, de puritano o de incorruptible a lo Robespierre no sirve para gobernar a las sociedades, y todavía menos para conservar las ciudades con el tacto y equilibrio que éstas merecen.

F. Ch. G.\*

\* 1911. Arquitecto. Presidente del Instituto de España.